

DOMINGO III DE PASCUA (A)
Homilía del P. Sergi d'Asís Gelpí, monje de Montserrat
30 de abril de 2017
Lc 24, 13-35

No sé si visteis una noticia de este año pasado con motivo del concierto de una estrella de la música en el Palau Sant Jordi. Cuando su coche entraba en el Palau con los cristales bajados, un fan se acercó y puso la mano en la ventanilla para tocar a su ídolo. Y esta estrella le dio un puñetazo que le abrió el labio. No entraba dentro las expectativas de este hacen que su ídolo le daría un puñetazo.

En el Evangelio de hoy, también encontramos dos discípulos que han recibido un puñetazo y no entienden nada. No es que Jesús se lo haya dado, sino la vida misma. Y están desconcertados.

Pongámonos en su piel. Los que habían seguido a Jesús de verdad lo habían dejado TODO para seguirlo. Esto no es cualquier cosa. Y lo habían seguido porque sentían que Él respondía a los deseos más profundos de su corazón. ¡Conocerlo les había cambiado la vida! Jesús les había transmitido un sentido de la vida, y la esperanza de un Reino que ya estaba viniendo.

A medida que las cosas se complicaron, ellos cada vez entendían menos lo que pasaba. Y al final, vieron como cogían a su Maestro, como lo torturaron y lo mataron. Y Él no hizo nada para impedirlo.

Estaban tan asustados, pensando que los siguientes podían ser ellos, que se escondieron y casi todos lo dejaron solo.

Todo había sido en vano. Y cuando has tenido esperanza en algo, y luego es un fracaso, todo ello aún es más duro.

En este contexto, los discípulos van de camino. Desanimados, y sin entender nada. Como tantas personas que han vivido situaciones duras.

Se les junta un caminante, y le dicen: "Nosotros esperábamos que él sería...". "Nosotros esperábamos". Cuántas personas no sienten esta frase en su interior: "Nosotros esperábamos...".

Nosotros esperábamos que aquella relación funcionaría, nosotros esperábamos que aquel proyecto de trabajo saldría adelante, nosotros esperábamos que se curaría, nosotros esperábamos etc. etc. (todo lo que queráis añadir).

Y es que en la vida de todos hay situaciones en las que las expectativas no se han correspondido con la realidad. Y, entonces, ¿qué?

Dice una historia, que una vez un hombre se murió y llegó al Cielo. Y Dios le dijo: - Ven. Siéntate. / El hombre se sentó. Y Dios le dice: - Enséñame la hoja de tu vida. / - Buff. Aquí la tienes. Está llena de altibajos. Toda mi vida ha sido así. Aquí parecía que muy bien, y después ¡patapam! Un desastre. Después parecía que remontaba y muy bien, y aquí se murió esa persona tan importante para mí. Y así toda la vida. / Entonces Dios le dice: "¿Me permites?" / Le coge la hoja, lo pone sobre la mesa, y le gira. / - ¿Lo ves? Este es el camino de tu vida. ¿Ves cómo has ido avanzando? Es verdad que no en línea recta, pero has ido haciendo tu camino. Y todo esto que vivías formaba parte del camino.

Fijémonos que en la historia de los discípulos de Emaús se nos habla dos veces de los ojos, significando la mirada interior de los discípulos. Al principio, cuando el caminante se les junta, sus ojos no lo reconocen. Jesús está, pero no lo saben ver (y aquí, permitidme porque sé que algunos tenéis el texto del Evangelio: y a pesar de la traducción, el texto original no dice que Dios les privara de reconocerlo. Sencillamente, dice que sus ojos no lo podían reconocer. Porque es la vida misma, las situaciones duras que podemos vivir, que a veces pueden hacer difícil reconocer esta presencia). Pues bien, en un principio sus ojos no lo sabían reconocer aunque Él estaba allí.

Y al partir el Pan, entonces lo reconocen y se les abren los ojos. ¿Es que antes no estaba? Sí estaba, pero no lo habían sabido ver.

Esto no es secundario. En un texto tan bien construido como este de los discípulos de Emaús, se nos quiere decir algo importante. ¿Cómo descubren la presencia de Jesús en su vida? Pues de una manera muy humana: a través de la lectura de la Palabra de Dios, y a través de la Eucaristía.

¿Cómo hacerlo afrontando todas las situaciones duras, en las que nuestras expectativas se han frustrado y vivimos en el desánimo o el desconcierto? Pues buscando a través de los medios que hemos recibido. Y dejadme añadir otro: dialogando (como ellos hacen) con personas que hayan hecho experiencia de Jesús. Y que nos puedan ayudar a mirar las cosas desde otra perspectiva.

¿Recordáis aquel chico del que hablábamos al principio, que había recibido un puñetazo de su ídolo? Él decía justamente que había dejado de ser su "ídolo". El Antiguo Testamento ya nos hablaba hace miles de años de ídolos que no eran más que fachada. Jesús no es así: Él puede responder a los anhelos más profundos que llevamos en el corazón. Jesús no se impone, tan sólo se ofrece. Y ahora lo podemos recibir en esta Eucaristía. Vivámoslo con agradecimiento.